

La violencia en el fútbol

Al final, ¿de qué fútbol estamos hablando?[1]

Daniel Cravo Souza

"El hombre sólo juega cuando es libre en el pleno sentido de la palabra y sólo es plenamente hombre cuando juega."

Friedrich Von Schiller.

(Cartas sobre la educación estética del hombre, 1795)

I. Introducción [\[arriba\]](#)

La notable importancia asumida por el Fútbol en la sociedad contemporánea, traducida por su innegable e irrefrenable protagonismo socio-cultural y económico, y los contornos que hoy le son peculiares, señalan claramente que la fórmula ontológica que le dio origen se ha vuelto obsoleta.

Observándose el estadio actual del deporte, particularmente del fútbol, visto como industria, como negocio, es de ponderarse respecto de las innumerables mutaciones genéticas a las que parece haber sido sometido el fútbol. En efecto, aunque el elemento formativo más significativo de su ADN sea el carácter lúdico, cierto es que afloran de modo cada vez menos frecuente las manifestaciones concretas del fenómeno futbolístico que podrían afirmar esta característica.

La cuestión que se plantea es: En la medida en que el Fútbol ha sido creado por el hombre para su deleite y fruición, no tratándose de un reto o fenómeno natural a cuyo enfrentamiento el hombre no se podría abstraer, ¿cómo concebirse que tal creación, en algunas de sus manifestaciones concretas, pueda volverse contra el hombre mismo?

¿Cómo admitirse que el espectáculo futbolístico sea palco de violencia, en sus formas más extremadas y dando lugar a las más terribles consecuencias, literalmente conspirando contra la humanidad?

El espectro de la violencia en los estadios es un tema actual e importante, que viene desafiando a varios sectores del conocimiento científico. Pues, es exactamente para provocar alguna reflexión filosófica, aunque no profundizada - fruto del reconocido inhábil manejo de los conceptos filosóficos invocados, por parte de este autor-, respecto de tan compleja problemática, que se propone este trabajo.

II. El juego de fútbol [\[arriba\]](#)

El fútbol, originalmente -o sea, lejos de su nivel profesional actual- fue creado como una actividad estrictamente lúdica, la cual, según Kretchmar, tiene lugar cuando

(...) uno se involucra libremente en un proyecto, sin ser forzado por la necesidad, interesado en el "hacer" de la actividad, y cuando este "hacer" constituye una recompensa en sí mismo, entonces, dicha actividad entra en el dominio de la

experiencia lúdica, del jugar. Este tipo de actividad es típicamente identificada como autotélica. (...) [2]

Además, prosigue el mismo autor, valiéndose de la lección de Suits y Huizinga, la actividad lúdica es relacional, o sea, se muestra experimentable en contraste con otra cosa, particularmente en contrapunto con la experiencia cotidiana u ordinaria, o como un lapso interruptivo “del proceso de satisfacción directa de necesidades y deseos (...)” [3].

Pero, ¿qué especie de actividad lúdica exactamente es el fútbol, considerándose que, por ejemplo, una buena lectura, un viaje, asistir una película, caminar en el parque, cuidar del jardín o incluso una revigorizante siesta, sin duda alguna también se encuadran en esta categoría? Pues bien, el fútbol es un juego. Y un juego, a su vez, es un problema.

No se trata, sin embargo, de un problema real, fruto de circunstancias naturales, sociales, políticas o económicas a cuyo enfrentamiento el hombre no pueda simplemente escaparse. Trátase el fútbol, al revés, de un problema artificial. Conforme explica Kretchmar con propiedad, el juego

[e]s un problema artificial, que nosotros mismos creamos para poder experimentar nuestros intentos de resolverlo. La creación o invención de un juego requiere que identifiquemos un objetivo -algo que hacer- y que luego establezcamos una serie de medios para alcanzarlo. La relación entre los medios y el objetivo tiene que presentar un problema artificial que sea “apropiado” -es decir, que no sea ni muy difícil ni muy fácil-. [4]

Hechas tales aclaraciones breves, importa realzar que la actividad lúdica -de la cual el fútbol puede ser considerado una de las especies (o subespecies)-, “parece ser el socio normativo más importante en nuestras vidas. Como argumentó Aristóteles, las actividades que son un fin en sí mismas son superiores a las actividades que son simplemente medios para lograr un fin.” [5]. Por este motivo, “la experiencia lúdica merece una calificación axiológica más alta.” [6]

Huizinga, partiendo del concepto de racionalidad empleado por Aristóteles para distinguir el hombre (“animal racional”), llega a definirlo como “homo ludens”. [7] Se trata al fútbol, así, por lo menos apriorísticamente, “mientras conserve el modo, la belleza y el orden”, según San Agustín [8], de una cosa creada para ser buena, virtuosa, que ha sido idealizada e implementada para deleite y satisfacción de este homo ludens al cual se refiere Huizinga.

III. Los objetivos positivos alcanzados por el fútbol [\[arriba\]](#)

Con el paso del tiempo, desde las manifestaciones más remotas y distintas sobre la práctica de esta modalidad deportiva, se constata que la finalidad lúdica trazada para el fútbol fue alcanzada e incluso superada.

Basta que se observe el hecho de que, además de los participantes directos de la disputa deportiva - los jugadores-, otras personas (en número mucho más significativo, como se sabe), las cuales no están involucradas directamente en la misma dentro del campo de juego, eso es, los aficionados, pasaron también a participar, a disfrutar, si bien que de otra manera - ¡hinchando! - de esta actividad

lúdica en particular, dando origen a un fenómeno especial, sin precedentes, que se conoce por el nombre de “popularización mundial del fútbol”.

La envergadura de este proceso de popularización da motivo incluso a manifestaciones que identifican en el fútbol una nueva forma de religión, por tener un ritual universal, unos símbolos propios, una liturgia específica, días de precepto y de devoción y ocasiones solemnes; proporciona una catarsis colectiva, una elevación del ánimo y una felicidad indescriptible; promueve arrebatos casi místicos, sentimientos de fraternidad, fanatismos incontenibles y vocaciones irrefrenables. Lo que es incuestionable es que el fútbol se vive como un auténtico culto. Por eso, quizá estemos ante la forma más perfecta y acabada de la nueva religión.[9]

Simbolismos o posibles exageraciones (a nuestro modo de ver) aparte, se observa, bajo otro prisma, que el fútbol, con el paso del tiempo, acabó por extravasar su finalidad estrictamente lúdica, para la cual fue originalmente diseñado - presente en su ADN -, permitiéndose utilizar como un tablero de la vida real (en el sentido opuesto al artificialismo de esta especie de juego) y cotidiana, sobre el cual pasaran a desarrollarse otros proyectos y objetivos trascendentes a su finalidad original, los cuales, por su vez, imponen la experimentación de otros principios e institutos bastante caros a la Filosofía.

No se puede dejar de exaltar, en este particular, que el fútbol posee la potencialidad de forjar el perfeccionamiento de las virtudes personales, tras la sujeción del “impulso de autoconservación y del egoísmo” a la obtención de un bien común, mayor, el bien del equipo[10], teniendo como resultado la generación y repetición de conductas solidarias y compasivas, tendientes a volver al hombre más virtuoso. Contribuye, así, el fútbol, vía de consecuencia, con el desarrollo de la vida en sociedad.

La opinión de Camus, asimismo, se alinea perfectamente a lo que se dijo arriba. Según él, nada obstante la riqueza de su biografía y su larga experiencia de vida, el principal responsable por su formación moral ha sido el Fútbol, teniendo tal aprendizaje ocurrido durante el tiempo en que defendía los colores de su club querido, el RUA, en su juventud.[11]

En algunos casos, donde la cultura del fútbol se presenta aún más arraigada, como es el caso de Brasil, permeando la propia identidad nacional, no se puede olvidar inclusive de que tal modalidad constituyó factor social extremadamente relevante para el desarrollo y el fortalecimiento del Estado Democrático (de Derecho, añadiríamos por nuestra cuenta), conforme subraya João Ricardo Carneiro Moderno.[12]

En este último caso, dicho sea de paso, ya estamos delante de una situación en que el fútbol presenta utilidad más allá de su finalidad exclusivamente lúdica.

De cualquier suerte, utilizándose los conceptos que nos son brindados por Aristóteles, observamos hasta aquí que tanto bajo la óptica de sus bienes internos, como de sus bienes externos, el fútbol presenta aspectos extremadamente positivos, justificando su creación por el hombre en cuanto herramienta hábil a la satisfacción de sus intereses.

En síntesis, como ya se ha dicho, el fútbol es un problema artificial creado por y para el hombre, siendo esta una característica extremadamente relevante. El fútbol, por lo tanto, nada tiene que ver con la caza de algún animal para comer, o la protección de la familia durante una tempestad. Su creación y existencia solamente se justifican mientras él -el fútbol- esté a servicio del hombre, o sea, propiciando un bien al hombre.

IV. Las anomalías del fútbol [\[arriba\]](#)

¿Es correcto afirmarse que el fútbol, en su concreción y actualidad, todavía mantiene intactas sus virtudes originarias, respetando la ecuación agustiniana ya citada[13]? Eso es, ¿el fútbol conserva su modo, belleza y orden naturales?

Muchas son las dudas a este respecto. Tomemos por base, ilustrativamente, la constatación de Carlos Goñi Zubieta en cuanto a la falta de deportividad y compañerismo en el fútbol actual[14], en franca contradicción con el sentimiento y la experiencia personal (basada en el “yo empírico”) de Camus. Es un señal evidente de que las cosas ya no son tan bellas, tampoco se las hace del modo como deberían hacerlas.

Umberto Eco, afamado (equivocadamente o no) como uno de los detractores más implacables del fútbol actual, al ser preguntado si tenía alguna cosa contra este deporte, respondió así:

Yo no tengo nada contra el fútbol. No voy a los estadios por la misma razón que no iría a dormir por la noche a los pasos subterráneos de la Estación Central de Milán (o a pasear por Central Park, de Nueva York, pasadas las seis), pero, si se presenta la ocasión, veo un buen partido con interés y placer en la televisión porque aprecio los méritos de este noble deporte. Yo no odio el fútbol. Yo odio a sus fanáticos. No se entienda mal. Yo guardo hacia los hinchas los mismos sentimientos de la Liga Lombarda hacia los extracomunitarios: “No soy racista, siempre que se queden en su casa”. Por su casa entiendo los sitios en que se reúnen y los estadios y no me preocupa lo que suceda en ellos. Casi prefiero que vengan los de Liverpool, pues, por lo menos, me divertirán las crónicas: si se trata de un circo, que corra la sangre. (...) No me gusta el hincha porque tiene una extraña característica: no entiende por qué tú no lo eres e insiste en hablar contigo como si lo fueras. (...) Lo curioso es que criaturas tan convencidas de que todos los hombres son iguales están siempre dispuestas a partírle la cabeza al hincha de la provincia limítrofe. Este chovinismo ecuménico me admira. Es como si los de la Liga dijeran: “Dejad que los africanos vengan a nosotros. Así les podremos zurrar a gusto”. [15]

La manifestación del ilustre escritor italiano es muy interesante, particularmente porque hace correcta y oportuna distinción entre el fútbol, considerado como ente, y los (malos) hinchas que frecuentan los estadios, aunque innegablemente haya un vínculo entre los dos entes.

A toda evidencia, como sustenta Luiz Rohden, como qualquer arte, o jogo de futebol pode ser manipulado para o bem e para o mal, como meio de diversão e de prazer ou como forma de alienação. Não está no jogo de futebol, pois, a consistência maléfica ou benéfica, mas na orientação que lhe damos. Se chama atenção o imaginário de poder, de prazer, de riqueza que ele sustenta, nem assim

podemos deduzir que a sua natureza é anti-ética ou maléfica. Nesse sentido é limitada a identificação entre técnica moderna e esporte realizada por Adorno.[16]

Kretchmar se vale de una metáfora para seguir el mismo raciocinio, al sustentar la neutralidad de los partidos desde un punto de vista axiológico: él sugiere que se comparen los partidos a una silla. Si se usa la silla para golpear a alguien en la cabeza, la misma carecerá de valor; pero si a la misma silla se la usa para dar el debido descanso a un viajante cansado, entonces ella será útil.[17]

Muchos son los ejemplos encontrados a lo largo de la historia sobre la utilización del fútbol como herramienta de manipulación del pueblo - Umberto Eco hace referencia al fútbol como el nuevo opio del pueblo -. En Brasil, como todos ya lo sabemos, la dictadura militar hizo cuestión de asociarse al éxito deportivo obtenido por Pelé, Rivelino, Carlos Alberto, Tostão, Gérson y sus talentosos compañeros que participaron de la conquista del Tri Campeonato Mundial en el México en el año 1970. La llamada Guerra Fría, a su turno, también se sirvió del deporte para propiciar la medida de fuerzas entre los dos bloques involucrados en la disputa por la hegemonía política, económica e militar mundial, los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Las situaciones arriba descritas, meras ejemplificaciones, sirven para demostrar que existen varios niveles y formas de frustración o de deformación de los objetivos positivos que podrían ser alcanzados por el fútbol.

Si de un lado los bienes internos del fútbol acaban perdiendo su densidad axiológica cuando la deportividad es dejada de lado; este mismo contenido valorativo es simplemente aniquilado cuando el fútbol sirve para embriagar y confundir la consciencia colectiva de un pueblo. Empero, tal vez la situación que más exponga la desviación de los objetivos del fútbol es la violencia en los estadios.

V. La violencia en los estadios [\[arriba\]](#)

Como se ha referido, efectivamente no parece correcto, bajo pena de incurrir en indeseable maniqueísmo, atribuir al fútbol en sí mismo considerado -eso es, en cuanto ente-, la potencialidad o inclinación para generar el mal. Eso, sin embargo, no debe y no puede impedir el análisis de la relación umbilical que se establece entre los diversos entes involucrados en la cadena pertinente a la realización de un partido de fútbol, a saber, el fútbol en sí mismo considerado (eso es, en cuanto ente), el estadio, los clubes, los jugadores y los aficionados.

Es indubitable que la violencia en los estadios, en la exacta medida en que estos solamente existen y son “poblados” para que los partidos de fútbol sean disputados, guarda relación con el ente llamado fútbol.

No se pretende aquí analizar las causas de la violencia en los estadios, siendo cierto que existen innumerables trabajos, de mayor aliento y cualidad, respecto del tema, seguramente utilizando un abordaje multidisciplinar, tan necesario al intento de comprensión de una problemática tan compleja. La intención es promover algunos cuestionamientos filosóficos que puedan eventualmente ayudar a comprender el problema en cuestión.

En este sentido, la cuestión filosófica que se plantea, en un primer plano, es la siguiente: ¿Cómo justificarse que un problema artificial creado por el hombre, en último análisis para su deleite y divertimento, aunque debido a accidentes o desvirtuación de la forma de ejecución del juego (sí, la forma de hinchar toma parte del fútbol), pueda generar tantos y tan graves males, como la muerte de un niño inocente en un estadio de fútbol?[18]

Muchos son los factores que pueden ser señalados como inductores o concurrentes para la violencia en los estadios. Forzoso es admitirse que la propia rivalidad natural que caracteriza la contienda deportiva no debe ser despreciada en cuanto componente “genético” que puede, o no, dependiendo de otras circunstancias (territoriales, raciales, religiosas, económicas, políticas, etc.), predisponer a otras formas más agudizadas de confronto, quizás desencadenando la violencia en sus niveles más elevados.

Carlos Goñi Zubieta trae un pasaje interesante a la ilustración del tema:

(...) había ocasiones solemnes en que disputábamos partidos “de verdad” contra los chicos de otros pueblos. El evento deportivo, que no trascendía el ámbito de la travesura infantil, se convertía para nosotros en un acontecimiento único y extraordinario, capaz de llenar días y días de entrenamientos, de preparativos y de ilusiones. El partido se convertía en una auténtica batalla campal: los chicos del otro equipo representaban el enemigo, eran como extranjeros a los que había que vencer. Generalmente el encuentro acababa en pelea, porque había que aprovechar la confrontación para medir todo tipo de fuerzas. (...) ¡Esos eran partidos trascendentales! En ellos te lo jugabas todo, en el terreno de juego (el patio de Las Escuelas, una era el campo de fútbol, si lo había) se disputaba la honra de todo el pueblo, que para nosotros constituía una nación o incluso una raza. (...) [19]

O sea, desde la más tierna edad, cuando uno se involucra en las disputas deportivas, ya se lanza al suelo la semilla de la disputa, del enfrentamiento, de la recompensa por la victoria y de la nada por la derrota, olvidándose totalmente de la filosofía del Barón de Coubertin. Pues este mismo pequeñito jugador, desde siempre, ejerce también concomitantemente la condición de hinch, que es la que, en la gran mayoría de los casos, va a ser la única que va a desempeñar “en serio” con lo pasar de los años en el seno del fútbol.

Plantadas las semillas, como hemos visto, no sorprende que la máxima de Sartre - “en un partido de fútbol todo se complica por la presencia del equipo contrario” [20] - sea llevada demasiado en serio por muchos que están en los estadios y sus alrededores.

Ya João Ricardo Carneiro Moderno ofrece un abordaje estético de la problemática, sustentando que

A linguagem empregada pela mídia favorece a violência: "matou a jogada", "roubou a bola", "tiro de meta", "tiro direto", "tiro indireto", "artilheiro", "deu uma bomba!", "fuzilou o adversário", "um tiro de canhão", etc. (...) Para mim é uma linguagem bélica que favorece a cultura da violência. É preciso abandonar essa linguagem. (...) É o feio no futebol, não o belo. [21]

Con extrema exactitud, Carlos Goñi Zubietta analiza la sensación de pertenencia y disolución del yo personal con relación al yo trascendental representado por el club. Procedentemente, argumenta el autor que esta “función des personalizadora del plural futbolístico”[22] es que muchas veces lleva a la realización de “acciones justificadas por el ‘nosotros’ y asumidas por nadie. Acciones, como los actos de violencia en los campos de fútbol, vandálicas y difíciles de controlar debido a su perfecto anonimato.”[23]

Se concuerda plenamente con el autor en este sentido. De hecho, el poder embriagador, casi mágico, por decirlo así, de esta especie de metamorfosis momentánea, acaba siendo usado como una especie de poción mágica, de manto protector, sugiriendo una sensación de fuerza, poder e impunidad que de resto no guarda ningún compromiso con la realidad.

Resulta oportuno, en este particular, valerse de la sabia amonestación de Locke:

Si el placer de la bebida estuviera acompañado en el momento mismo en que un hombre acaba de beber, de esas náuseas y de ese dolor de cabeza, que para algunos hombres se sigue tras la misma, creo que por más placer que se extrajera del licor, nadie permitiría que en estas condiciones el vino llegara siquiera a sus labios (...) [24]

¿Cuántos y cuántos aficionados creyeron que eran invisibles e invencibles en medio a la multitud, y acabaron pagando caro por eso? ¿Y cuántos otros pagaron por la estupidez de los primeros?

Bien, pero si el fútbol es tan deletéreo a la humanidad, como se observa a través de algunas manifestaciones o fenómenos más notables por los cuales se concretiza (el partido de fútbol es el núcleo, el ápice, de la realización del fútbol), ¿por qué simplemente no abolirlo por completo?!

Analicemos tal proposición bajo la óptica de la lógica formal, con base en las premisas consideradas en la génesis de esta especie de juego, ya alineadas al inicio de este trabajo: el fútbol es un juego; un juego es un problema artificial creado por el hombre para satisfacer su interés en disfrutar del mundo de manera lúdica; siendo artificial el problema, él no se refiere a la sobrevivencia del hombre. Partiendo de estas premisas, por lo menos apriorísticamente, no hay nada que impida al hombre simplemente “revocar” la existencia y la práctica del fútbol, con lo que estaría resuelto el problema.

Al final de cuentas, siendo el hombre un animal racional y libre, no podemos concebir el mantenimiento de la existencia de una actividad supuestamente lúdica que, contradictoriamente, conspire contra su propia finalidad precípua y constitutiva, que es precisamente servir al hombre. Y lo que es todavía más grave, actuando en sentido inverso, al posibilitar la causación del mal.

La alternativa propuesta arriba, aparentemente, parece intocable bajo el punto de vista de la lógica formal, particularmente teniendo en vista que estamos ante un problema artificial, que puede ser revocado por el hombre.

La dinámica de la realidad, sin embargo, nos muestra que la resolución del problema no es así tan sencilla...

VI. La metamorfosis del fútbol [\[arriba\]](#)

El hecho de que el Fútbol camine a pasos largos en dirección a su adultez, impactando directa y vigorosamente en otras áreas de interés de la sociedad impone, necesariamente, que este fenómeno deportivo sea tratado y entendido como un negocio, dejando hacia atrás su índole originalmente lúdica.

El proceso de profesionalización, de mediatización y de monetarización a la que se viene sometiendo el deporte de una forma general, y el fútbol en particular, en curso hace algunas décadas, y que se encuentra actualmente en su apogeo -aunque el cielo parezca ser el límite- acaba por literalmente exigir un repensar sobre el fenómeno deportivo (en sus múltiples formas de concreción), con vistas a su rediseño, a su redimensionamiento. Estamos, por lo tanto, delante de verdadero work in progress, que invariablemente acaba también por afectar la estructuración del fútbol, hablando ontológicamente.

Avanzando en los pensamientos que habíamos anticipado ligeramente al principio de nuestra exposición, nos parece innegable que esta nueva etapa, este nuevo ropaje del fútbol, si no extinguió prácticamente por completo el carácter lúdico que se constituyó en el trazo fundamental de su génesis por parte del hombre, lo redujo al máximo.

Se trata tal vez del más bien acabado ejemplo moderno de la teoría de la evolución de las especies de Darwin, aplicada evidentemente de forma analógicamente imperfecta, casi anecdótica, al análisis de un ente no dotado de vida en el sentido biológico.

El fútbol, merced de varios influjos e inputs que se siguieron a su concepción y al inicio de su práctica, acabó metamorfoseándose, y la distinción entre uno y otro nivel “evolutivo” de este fenómeno deportivo está claramente demarcada por la profesionalización de su práctica.

Es a partir de este momento que se da, según un análisis bajo la tradición aristotélica, la disminución de la calificación axiológica del fútbol, si bien el hombre no se dispone más a practicarlo con un fin en sí mismo.

En el momento en que el primer jugador de fútbol pasó a ser remunerado para actuar por determinado equipo, los pilares de sustentación del fútbol, en su estructura originaria, fueron irremediablemente abalados.

Ahora no se trata más de disfrutar, pero de alimentarse, vestirse y abrigarse a través del fútbol. Jugar al fútbol, a partir de este momento, pasó a ser lo mismo que salir a cazar mamuts “ayer”.

El fútbol no se trata más de un problema artificial a ser resuelto, sino de un grande, complejo y multi facetado problema real, a ser enfrentado en varias frentes, siendo realmente difícil, quizás imposible, armonizar todos los legítimos intereses en juego.

VII. Conclusión [\[arriba\]](#)

Bien, ante este “nuevo” fútbol, ¿debemos simplemente olvidarnos de su origen genético-normativo? Queremos creer, sin embargo, que no. Y la negativa se funda

exactamente en el objetivo de procurar conservar, tanto como sea posible, un mínimo de humanización en la práctica del fútbol. No se puede perder de vista, en este sentido, que el fútbol todavía continúa siendo una invención del hombre, y debe servir al bien de la humanidad.

Siendo así, aunque no exista la posibilidad de retorno a los orígenes del fútbol, ni tampoco interés en ese sentido -hemos de confesarlo-, seguramente todavía subsiste un determinado margen para que el hombre revigore la importancia de los bienes internos y externos de este deporte, haciendo de él un instrumento hábil al alcance del bien.

Por lo tanto, cabe al hombre, en el enfrentamiento de la problemática de la violencia en los estadios, adoptar una posición de total intransigencia e intolerancia frente a tales conductas que violan directamente su ingerencia sobre su propia creación. No se debe tolerar que la creatura se vuelva contra su creador.

Caso contrario, nosotros, “los del fútbol”, no tendremos el derecho de reclamar de los filósofos si a ellos no les interesa el fútbol, toda vez que, tendrán ellos razón en afirmar que este deporte se trata de “algo irracional, una actividad embrutecedora, mezquina e ignominiosa. Si la música amansa las fieras, ese bárbaro deporte animaliza los hombres y los convierte en carne de manipulación.”[25]

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CAMUS, Albert. Lo que debo al fútbol. Disponible en , acceso en 20.abr.2013.

DE Shakespeare a Sartre, siempre fútbol. Disponible en , acceso en 22.abr.2013.

ECO, Umberto. Odio a los hinchas, no al fútbol. El País, Madrid, 15 de junio de 1990. Disponible en , acceso en 17.abr.2013.

GOÑI ZUBIETA, Carlos. Futbolsofía: filosofar a través del fútbol. Madrid: Laberinto, 2002.

LOCKE, John. Ensayo sobre el entendimiento humano. Madrid: Editora Nacional, 1980.

LOPES, Roberto. A Filosofia do Futebol vai ao Kremlin: Versado no erudito e estudioso do popular, o presidente da Academia Brasileira de Filosofia levará a Filosofia do país do futebol, em abril, à Rússia. Entrevista con João Ricardo Carneiro Moderno, disponible em , acceso en 17.abr.2013.

ROHDEN, Luiz. Filosofia e jogo de futebol? Disponible en , acceso en 19.abr.2013.

SAN AGUSTÍN. De la naturaleza del bien. Obras de San Agustín, B.A.C.; Madrid; T. III; 1971.

TORRES, Cesar R; CAMPOS, Daniel G. ¿La pelota no dobla?: ensayos filosóficos en torno al fútbol. Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2006.

-
- [1] Este trabajo fue presentado por el autor en la asignatura Filosofía del hombre, el Estado y la sociedad, correspondiente al Programa de Doctorado de la Universidad Austral.
- [2] KRETCHMAR, R. Scott. Los juegos y el jugar: especulaciones sobre el valor del fútbol. In: TORRES, Cesar R; CAMPOS, Daniel G. ¿La pelota no dobla?: ensayos filosóficos en torno al fútbol. Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2006, p. 68.
- [3] HUIZINGA, Homo ludens, 21 apud KRETCHMAR, R. Scott. Los juegos y el jugar: especulaciones sobre el valor del fútbol. In: TORRES, Cesar R; CAMPOS, Daniel G. ¿La pelota no dobla?: ensayos filosóficos en torno al fútbol. Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2006, p. 70.
- [4] KRETCHMAR, R. Scott. Los juegos y el jugar: especulaciones sobre el valor del fútbol. In: TORRES, Cesar R; CAMPOS, Daniel G. ¿La pelota no dobla?: ensayos filosóficos en torno al fútbol. Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2006, p. 72. Prosigue el autor: "(...) Si el juego es muy complicado y nos pone ansiosos, la respuesta típica es la reducción de la dificultad de los medios permitidos para lograr el objetivo, el cambio del objetivo o ambas cosas. A la inversa, si el juego es aburrido porque es muy fácil, manipulamos los medios y objetivos para incrementar el nivel de dificultad." (p. 72).
- [5] KRETCHMAR, R. Scott. Los juegos y el jugar: especulaciones sobre el valor del fútbol. In: TORRES, Cesar R; CAMPOS, Daniel G. ¿La pelota no dobla?: ensayos filosóficos en torno al fútbol. Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2006, p. 61.
- [6] Ibidem.
- [7] GOÑI ZUBIETA, Carlos. Futbolsofía: filosofar a través del fútbol. Madrid: Laberinto, 2002, p. 64.
- [8] SAN AGUSTÍN. De la naturaleza del bien. Obras de San Agustín, B.A.C.; Madrid; T. III; 1971.
- [9] GOÑI ZUBIETA, Carlos. Futbolsofía: filosofar a través del fútbol. Madrid: Laberinto, 2002, p. 116.
- [10] ILUNDÁIN AGURRUZA, Jesús. Goles trascendentales. In: TORRES, Cesar R; CAMPOS, Daniel G. ¿La pelota no dobla?: ensayos filosóficos en torno al fútbol. Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2006, p. 48.
- [11] "Porque, después de muchos años en que el mundo me ha permitido variadas experiencias, lo que más sé, a la larga, acerca de moral y de las obligaciones de los hombres, se lo debo al fútbol, lo que aprendí con el RUA, no puede morir." CAMUS, Albert. Lo que debo al fútbol. Disponible en , acceso en 20.abr.2013.
- [12] MODERNO, João Ricardo Carneiro. Estética Del fútbol: La teoría de La formatividad de Luigi Pareyson y el fútbol-arte. In: TORRES, Cesar R; CAMPOS, Daniel G. ¿La pelota no dobla?: ensayos filosóficos en torno al fútbol. Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2006, p. 235.
- [13] "mientras conserve el modo, la belleza y el orden" (SAN AGUSTÍN. De la naturaleza del bien. Obras de San Agustín, B.A.C.; Madrid; T. III; 1971).
- [14] "Por desgracia, lo que menos aprendemos en los campos de fútbol es deportividad y compañerismo; nos aleccionamos, más bien, en las mil formas de la picaresca futbolística, en las mil y una artimañas de denunciar y acusar, y en todo tipo de intereses antideportivos donde el compañero sólo es el que viste con nosotros." (GOÑI ZUBIETA, Carlos. Futbolsofía: filosofar a través del fútbol.

Madrid: Laberinto, 2002, p. 111)

[15] ECO, Umberto. Odio a los hinchas, no al fútbol. El País, Madrid, 15 de junio de 1990. Disponible en , acceso en 17.abr.2013.

[16] “como cualquier arte, el fuego de fútbol puede ser manipulado para el bien y para el mal, como medio de diversión y de placer como forma de enajenación. No está en el juego de fútbol, pues, la consistencia maléfica o benéfica, pero en la orientación que le damos. Si llama la atención el imaginario de poder, de placer, de riqueza que él sustenta, ni siquiera así podemos deducir que su naturaleza es antiética o maléfica. En ese sentido es limitada la identificación entre técnica moderna y deporte realizada por Adorno.” (traducción libre) ROHDEN, Luiz. Filosofía e jogo de futebol? Disponible en , acceso en 19.abr.2013.

[17] KRETCHMAR, R. Scott. Los juegos y el jugar: especulaciones sobre el valor del fútbol. In: TORRES, Cesar R; CAMPOS, Daniel G. ¿La pelota no dobla?: ensayos filosóficos en torno al fútbol. Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2006, p. 64-65.

[18] Como, por ejemplo, sucedió recientemente con el joven Kevin Spada, que fue muerto el 20 de febrero de 2013 durante un partido entre el Club San José de Oruro y el Sport Club Corinthians Paulista por la Copa Libertadores de América, en el estadio Jesús Bermúdez (Oruro, Bolivia).

[19] GOÑI ZUBIETA, Carlos. Futbolsofía: filosofar a través del fútbol. Madrid: Laberinto, 2002, p. 13.

[20] De Shakespeare a Sartre, siempre fútbol. Disponible en , acceso en 22.abr.2013.

[21] “El lenguaje empleado por los medios favorece a la violencia: ‘mató la jugada’, ‘robó la pelota’, ‘tiro de meta’, ‘tiro directo’, ‘tiro indirecto’, ‘artillero’ [expresión utilizada en Brasil para ‘goleador’], ‘dio una bomba!’, ‘fusiló al adversario’, ‘un tiro de cañón’, etc. (...) Para mí es un lenguaje bélico que favorece la cultura de la violencia. Es necesario abandonar ese lenguaje. (...) Es lo feo en el fútbol, no lo bello.” (traducción libre) LOPES, Roberto. A Filosofia do Futebol vai ao Kremlin: Versado no erudito e estudioso do popular, o presidente da Academia Brasileira de Filosofia levará a Filosofia do país do futebol, em abril, à Rússia. Entrevista con João Ricardo Carneiro Moderno, disponible en , acceso en 17.abr.2013.

Prosigue la entrevista: “Filosofía - ¿Y la violencia en las graderías o en otras dependencias de los estadios, cómo usted analiza? Moderno - Esa es la manifestación de la barbarie, una tendencia innata que se la debe mantener bajo control. Pero ese componente está latente en todo el espectáculo, no tengo dudas. Repito, parte de los medios colabora con la tensión del ambiente, usando una nomenclatura de violencia: “el atleta que robó la pelota”. La imagen de alguien que nos roba alguna cosa es altamente negativa, y puede inducirnos a una reacción bastante mala. En verdad, en el fútbol, nadie roba la pelota. El jugador pierde la pelota para la habilidad o el vigor físico del otro porque eso forma parte de la regla del juego. Usted no se siente robado de tantas maneras en el día a día... Es pésimo que vaya al estadio y que todavía tenga que ver a un jugador robando la pelota del atleta de su equipo. Ahora, la violencia en los estadios tiene mucho que ver con la lenidad de las autoridades con relación a los peleadores.”

[22] GOÑI ZUBIETA, Carlos. Futbolsofía: filosofar a través del fútbol. Madrid: Laberinto, 2002, p. 35.

[23] Ibidem.

[24] LOCKE, John. Ensayo sobre el entendimiento humano. Madrid: Editora Nacional, 1980.

[25] GOÑI ZUBIETA, Carlos. Futbolsofía: filosofar a través del fútbol. Madrid: Laberinto, 2002, p.16.

© Copyright: Universidad Austral